

FIGURAS MEDICAS



DR. RICARDO ALDUVIN

1883 - 1961

RICARDO ALDUVIN

POR EL DR. FEDERICO VILLASEÑOR

Pienso que la ejemplaridad de los hombres insignes, más que de los hechos en sí, depende de su personalidad.

No desconozco que ésta es, en gran parte, producto de las influencias del medio, pero, también, de su autodeterminación, a más de que, a su vez, influye, y no en parva escala, en el determinismo de los acontecimientos, modificando en ocasiones el curso de éstos y el ambiente mismo. Hombre y medio son interdependientes, pero distintos. El análisis de la personalidad es difícil, tanto más cuanto mayores valores encierra. En el caso de Ricardo Alduvín, apenas si en 20 años de estrecho contacto me fue dable percibir algunas de las brillantes aristas de su personalidad proteica —Hombre de ardorosos entusiasmos, de admirable capacidad de trabajo, de ciencia y de letras, de levantados pensamientos y palabra nobilísima, avanguardaba las esperanzas y los ímpetus de aquella animosa generación de 1910. Compuesta de estudiantes de medicina en su mayor parte, despertaría el rayo de las vindicaciones ¡el primero!, que dormía en el vientre en marasmo de una era dictatorial y corrompida. Ricardo Alduvín, fue la voz reveladora y agorera en aquel puñado de patriotas.

Había nacido en Tegucipalga, en 83, en un hogar humilde donde la muerte le arrebató a su padre cuando frisaba apenas en los 10 años.

Vale considerar la importancia, en la vida de todo hombre del primer ambiente, si en cuenta tenemos el hondo problema social del bien dotado pobre que, horro de alguna oportuna ayuda benéfico docente, difícilmente podrá, por lo común,

alcanzar en la vida el lugar que a su capacidad corresponde. A pesar de ello, Ricardo Alduvín, por el empuje irresistible de su voluntad, venció todos los obstáculos que, en el hogar y la escuela, coligados, parecían tratar de cerrarle el paso.

De niño —decía— leí mucho. Me aficioné al ambiente de la biblioteca pública y en ella permanecía horas y horas después de mis labores escolares.

Más tarde, un su maestro —el Dr. Bonilla— le permitía llevarse, de los bien abastados plúteos de su biblioteca, cuantos libros le placía leer. Así, devoró volúmenes de historia, de filosofía, de literatura, y, en este ramo, particularmente los de la colección Rivadeneyra.

Llegó a ser, así, un sabio bachiller y, más tarde, un destacado estudiante en todos los cursos de la carrera médica, hasta la obtención de su título en 1906, año en que partió para México, deseoso de ejercer en su capital, tan encomiada por Humbolt, su noble profesión.

Rechazada su solicitud de revalidación de estudios, no vaciló en inscribirse en los cursos de la Facultad de Medicina, y recomenzar la tarea. Año más tarde conoció a don José Terrés. El insigne médico mexicano, catedrático de patología interna, tuvo siempre en Alduvín un fervoroso admirador, y, con ese culto a su vida y a su obra, la noble emulación consciente de imitarlas, pues cuando de verdad admiramos a alguien, a querer o no sentímonos impulsados a hurgar en su ruta o a seguirla, cabe su ejemplo.

La admiración juvenil trœose, andando el tiempo, en respeto profundo, casi místico, por el gran sabio, a quien virilmente defendió Alduvín cuando de expulsarlo de la dirección de la Facultad trataba la falange estudiantil revolucionaria que él —Alduvín— exhortara a la “huelga” —la primera en nuestro ambiente universitario—, promovida como manifestación de protesta contra políticas opresoras del Régimen. Se inculpaba a Justo Sierra, y Alduvín luchó por la verdad, dirigiendo la huelga, sí, pero en movimiento de protesta contra el dictador, cuyas ya despididas charreteras adveraban la inminencia de un movimiento de renovación social.

Con Luis G. Urbina, secretario que fuera de don Justo, había acendrado Alduvín su emocionante amor a los clásicos y a las humanidades del insigne autor de “Playeras” quien, a través de sus obras, hizo algo más que aclararle dudas y vacilaciones en el campo de la literatura clásica: amarla, si en mayor grado aún era posible, como la amaba él, como se ama a las cosas que nos acompañarán para siempre, que nos aliviarán los duelos, nos acrecerán las venturas, con esa pasión sin claudicaciones por la verdad que hemos elegido y hemos creado con nuestro afán, que sólo tiene comparación con la que se profesa a la mujer amada.

Alduvín y otros de sus compañeros fueron encarcerados. La intercesión de don Justo hubo de hacer breve su reclusión. Esa amistad, condescendiente, protectora, enseñó al inquieto médico en cierne, la límpida lección de la tolerancia, que él, después, supo esgrimir durante su vida entera. La tolerancia, la generosidad con que se debe mirar a los demás hombres y convivir con ellos, que no es sino el punto medio entre dos polos, erróneos ambos: la intolerancia fanática y la tolerancia anárquica, que conduce al no ser.

Alduvín hablaba de ello, como Vázquez Mella: la intransigencia es un principio ontológico que se funda en la naturaleza de la verdad; es una norma dialéctica de la razón y una ley psicológica y sociológica que está grabada en la esencia del espíritu y de las sociedades humanas, y, por eso, como sucede con todas las verdades evidentes, hasta los que la niegan con los labios la demuestran con la conducta. Y se llama generosidad cuando la materia única de la tolerancia son los intereses y las

acciones humanas que se pueden omitir cuando ejercitan derechos renunciables. El fanatismo exagera una virtud o una certeza; la intolerancia niega las virtudes y todas las certezas. Los dos son malos, pero la segunda es la peor.

Por oposición, Alduvín alcanzó entonces los puestos de practicante interno en el Hospital General y prácticamente en el Hospital Juárez.

Después de esas primeras vicisitudes revolucionarias, Alduvín se graduó por segunda vez de médico. ¡Justa recompensa a sus esfuerzos ímprobos y a su auténtica vocación! Y hablar de vocaciones verdaderas tiene su importancia, porque casi nadie las tiene a la edad de la elección de una carrera. La vocación genuina es como una pasión de amor, con su exclusividad o entrega absoluta al objeto amado y el desinterés total en servirlo.

Y no desmintió Alduvín esta vocación en el ejercicio de la medicina que, de suyo, tiene dos aspectos que la colocan en el rango de las actividades que exigen una vocación de superior categoría, comparable con el amor y que, por ende, exigen atracción intransferible hacia su objeto, espíritu de sacrificio y aptitudes específicas. Dos aspectos innegables: práctica entrañable —casi sacerdocio— entre los pobres, y estrecha alianza con la investigación científica pura.

Así, de regreso a Honduras, Alduvín ejerce su profesión renunciando a lo que es más grato a los hombres y hasta el más humilde alcanza: repartición libre y previa de sus días y de sus descansos. El se acercó a todas las miserias humanas con la carga voluntaria de su exagerado sentido de responsabilidad, con toda su ciencia, con toda su fe... ¡con todo su amor!, productos de su vocación de tan altos quilates que le permitía cumplir con placería, un día y otro, su misión abnegada, obscura, silenciosa, en su modesta clínica, en el hospital, en el chamizo del campesino y en el tugurio del obrero, sin mengua todo ello de su afán de leer e investigar...

Nunca fue —despreció ese mezquino objetivo médico tan común a principios del siglo— el doctor magnífico de éxitos resonantes, coche lujoso, rentas pingües e influencia oficial y social de rele-

vancia. Tuvo, sí, o, por mejor decir, conquistó una digna autoridad, pero únicamente en el campo de la ciencia, y un brillo legítimo de afirmación, mas sólo en su conciencia. Esta escuchó la voz lejana que una vez, allá, en México, de estudiante, le reveló un lenguaje singular, brote de los afanes reivindicadores de un pueblo, sumido nuevamente en el carnaval sangriento de una dictadura de charretera ensangrentada. Y volvió a México, donde la voz emanada del Plan de Guadalupe tornaba a sembrar de pasmosas revelaciones los caminos de nuestras rehabilitaciones integrales.

La tempestad volvió a rugir en su alma en toda su grandeza; él le dio, no obstante, un curso racional y sosegado a sus aportaciones a "la causa", cimentadas en un programa y tesis que, desde su aparición, recogieron seguramente los rayos de fuego de un sol que ya apuntaba en lo porvenir: el astro que habría de alumbrar el advenimiento de la justicia social. La contribución del sabio médico fue ideativa y de acción, pues era un hombre de carácter. Reunía superiores cualidades espirituales que aunadas constituían esa sorprendente norma constante de su ser y de sus actos. Su "plan" de vida, su fisonomía moral, eran ejemplares. A despecho de su inflexibilidad en todo lo concerniente a los deberes que se había impuesto, era muy humano, aún en la aplicación de su caudaloso humanismo. No buscó en el estudio, en efecto, cosas pretéritas para almacenarlas en fichas —fría y estéril erudición— sino para sentir mejor lo que le rodeaba, con un criterio de eternidad y con la seguridad de que todo el progreso se apoya en postulados de comprensión, de generosidad, de tolerancia, que son y serán siempre los mismos. De ello innúmeras pruebas dio cuando, decepcionado de las luchas "partidistas" entre algunos revolucionarios triunfantes que empezaban a constituir una plutocracia medradora, regresó a su país a ejercer la medicina: años ímprobos de esfuerzos y de acres agobios. Había contraído matrimonio y, en su hogar, visitado muchas veces por la miseria, un retoño de su amor, un varoncito, colmaba, no obstante, de halagüeñas esperanzas el ambiente.

Breve paréntesis de paz. La fatalidad tornó a ponerlo a prueba: la poliomielitis atacó a su hijo. Los miembros inferiores, paralizados y en atrofia progresiva, amenazaban condenar a la inacción aquella existencia en capullo.

Aprovechó el padre el nombramiento que el gobierno le otorgó entonces de agregado cultural en su Embajada en Francia, para poner a su hijo, en manos de reputados clínicos, maestros suyos en los cursos que se dio a seguir en La Sorbona. Todo inútil. Decidió entonces obrar por su cuenta y durante cuatro años fue el fisioterapeuta de su hijo, a la par que el mentor que iba recorriéndole los velos del conocimiento.

De regreso a su patria lo nombran Director de la Facultad de Medicina, y, más tarde, Secretario de Educación.

No se envanece nunca, sin embargo. Consideraba —hartas ocasiones me lo dijo— que el esfuerzo siempre fue en él superior al resultado, ¿a qué pues envanecerse? Cierito que estimaba, a despecho de sus bregares incesantes que era el azar el que le había otorgado los pocos bienes y honores de que disfrutaba. Y lo mismo en las cosechas de su afán de saber y de investigación en los mundos de la ciencia. Estimaba un privilegio el haber aprendido como lección perdurable la de que al ahondar en la tierra del conocimiento, para cada trozo insignificante de oro escondido, menester era cavar hoyos inmensos, medida simbólica de nuestra ignorancia. Quizás por eso se mostraba siempre modesto y sencillo, caminando al ras de los más humildes, sufriendo y soñando en ocasiones con ellos, el gran sueño de su ideal: el siempre esquivo, huidizo, del imperio de la justicia social.

Así aconteció cuando, años más tarde, acriminando con verlo furente al despótico y dictatorial gobierno de su país, fue encarcelado. Medieron influencias y meses después fue puesto en libertad, para volver a las andadas, pues siguió Alduvín escribiendo y luchando por los derechos de los oprimidos. Y se lanzó de nuevo a la tribuna, de la que tornaron a arrancarlo los sicarios con la fuerza de las bayonetas. Otra vez a la cárcel, y ahora con el tormento de verse privado de lo que para él fuera siempre el pan espiritual: sus libros, compañeros inseparables en su vida.

En gracia a eficaces gestiones diplomáticas movidas por políticos intelectuales de algunas naciones hermanas de la suya, Alduvín recobra su libertad y se expatria.

México lo acoge una vez más y es nombrado médico en la Oficina de Educación Higiénica, del Departamento de Salubridad. En este servicio no se da punto a reposo: sugiere, planea, innova, lo mismo en el campo de la orientación educativa que en el de la propaganda e información en higiene.

Siempre me sorprendió su afán de lucha, su pasión por el trabajo, su admirable resistencia frente a las pesadumbres, la enfermedad y la fatiga. Empezó a desmedrar su salud. No obstante, multiplicaba sus actividades en la oficina y en la Dirección de Pensiones —a la que había ingresado como Jefe del Servicio Médico—, sin alterar el ritmo de su vida, en apariencia, al menos, corriente y normal, que discurría entre visitas médicas, consultas, promoción de actividades educativas en higiene, actos académicos, juntas, reuniones en Ateneos, archivos y bibliotecas, como si lo adornara el secreto de la ubicuidad. Y así, después de una jornada agotadora de trabajo y tensión, se le veía en el teatro, en una exposición de obras de arte o en un concierto, siempre ágil, fresco, sonriente, ajeno a la fatiga y a la conciencia del esfuerzo consumado.

Y así siguió viviendo hasta que una nueva liza política en su país solicitó su presencia. Tornó a la

lucha, en las filas de la oposición, recorriendo a pie —enfermo como se hallaba— el país entero, en una jira de propaganda en pro de su candidatura de diputado por los partidos de “izquierda”, los “liberales progresistas”. Triunfante, vibró una vez más su verbo candente y suasorio en el recinto del Congreso, de que salió al término de su gestión para ocupar el cargo de Embajador en Venezuela. Hubo de regresar a Honduras a los pocos meses, víctima del agravamiento, por causa de excesos —¡los de siempre!— en su labor, de sus viejas dolencias: Estrechamiento de las coronarias, y endarteritis obliterante.

Un año después moría (1961).

He dicho en otra parte que envidio esas vidas clarísimas —como la de Ricardo Alduvín— que son como arbustos macizos, plenos de savia, de frescor y de frutos, de hondas raíces que se simbiosan a la realidad de la tierra y espléndida comba que se abre entera a la idealidad de los cielos... Hombres que encuentran morada digna en el templo de las consagraciones y cuya trayectoria por la vida se prolonga, acaso, más allá de la tumba.